

XXIII.

Le Pelletier San-Fargeau.

Lo que Danton queria evitar era esto.

La epilepsia fanática, la cual, al ver la sangre de Luis XVI, fundaria enfrente del altar de la patria otro para rendir culto al rey-mártir.

Hé aquí por qué Danton habia preguntado:

—¿La pena impuesta, sea la que quisiera, se aplazará para despues de la guerra?

Si hubiera obtenido aquella próroga la sentencia, la piedad, la misericordia, la generosidad del pueblo francés hubiese hecho el resto, pues la guerra no concluyó sino cuatro años despues, en 1797, con la paz de Campo-Formio.

Luis XVI estaba juzgado y condenado; era un ejemplo grande y solemne, pero más sublime y grandioso hubiera sido no haberle ejecutado.

Fonfréde no lo comprendió; se separó de Danton, habló en nombre de la Gironda y redujo la cuestion á tres preguntas terribles.

—¿Es culpable Luis?

—¿Será aprobada nuestra decision?

—¿Qué pena se le impondrá?

Obtuvo tres contestaciones, más lacónicas aun.

—¿Es culpable?—Sí.

—¿Será aprobada nuestra decision?—No.

—¿Qué pena debe imponerse?—La muerte.

! La salvacion de la Francia consistia en la unidad.

¿Por quién y con qué motivo se debia predicar en favor de la unidad?

Se presentó la ocasion; los funerales de San-Fargeau.

Solo quedaba encontrar al orador.

Era preciso un hombre en cuyo pasado no existiera ningun pensamiento contrario á la unidad.

Existia uno que se habia presentado dos veces en la Cámara para anunciar dos victorias, y que habia sido acogido por los aplausos más vivos.

Otra vez habia subido á la tribuna para dar su voto, y á pesar de ser un voto de clemencia, al expresarlo, fué con voz tan firme que nadie se atrevió á murmurar.

Dijo:

—Voto por la prision perpétua, porque mi profesion de médico me ordena combatir á la muerte en donde quiera que se presente.

Algunas voces aplaudieron.

Aquel hombre se sentaba en los bancos de la Gironda.

Se habian informado de quién era aquel hombre, y supieron era médico y se llamaba Jacobo Merey, representante de Argenton.

A consecuencia de la conversacion que tuvo á la cabecera de la cama de la esposa de Danton con este, decidió Jorge que Jacobo, con motivo de la muerte de Le Pelletier San-Fargeau, fuera el elegido para abogar por la unidad.

El Dr. Merey aceptó el papel activo que hasta entonces habia representado en la revolucion.

Todavía no se le habia juzgado como orador.

¿Lo era? Ni aun lo sabia, y deseaba asegurarse.

El elogio era interesante. Para inaugurar aquella senda de unidad, tan necesaria para la república, habia hecho San-Fargeau un plan de educacion que era bastante para su gloria.

Le Pelletier tenia una hija; fué solemnemente adoptada por la Francia y recibió el sagrado nombre de *hija de la república*.

Ella, cubierta con velo negro y acompañada por otras doce niñas, presidia el duelo.

A nadie mejor le correspondia presidir el duelo que á los niños, para los que habia consagrado este gran pensamiento: *Dar una educacion descansada á una infancia dichosa*.

El cuerpo estaba expuesto en medio de la plaza Vendome, en el sitio en donde se levanta hoy la columna.

El pecho del cadáver estaba descubierto, con el objeto de que todos vieran la herida, y el arma homicida, enrojecida por la sangre, estaba á su lado.

Toda la concurrencia rodeaba el cenotafio; á los acordes de una música fúnebre levantó el presidente la cabeza del muerto y le puso una corona de encina y de flores.

Entonces salió Jacobo Merey de entre los representantes; sacudiendo su hermosa cabellera negra, subió los escalones, puso un pié en el tercero, se inclinó ante el cadáver, y con voz sonora, que fué oída no solo por todos los que llenaban la plaza, sino tambien por aquellos que ocupaban las ventanas, como las gradas de un inmenso circo, pronunció las siguientes palabras:

«Ciudadanos representantes:

»Permitidme que en primer lugar os felicite por la unanimidad que ha reinado entre vosotros al día siguiente de la muerte de Capeto y que ha brillado á los ojos de la Europa, que estaban fijos en la Francia. Un rey egoísta pudo decir un día: *El Estado soy yo*. La Convencion, consagrada al gran principio de la unidad, puede decir desde hace ocho días: *La Francia respira en mí*.

»Todas las medidas de importancia que habeis tomado han sido por unanimidad.

»Unánime fué el voto del 21 de Enero para anunciar á los departamentos la muerte del tirano; redactado el manifiesto por la Convencion, nos concede parte á cada cual en esa muerte que ha devuelto á Francia su libertad.

»Unanimidad tambien para el voto de 900 millones de papel-monedas (*assignats*); unanimidad para la leva de trescientos mil hombres, y unanimidad, por último, para declarar la guerra á la orgullosa Inglaterra, que ha osado dar los pasaportes á nuestro embajador.

»Ahora ha comprendido la Francia la grandeza de su mision; no solo tiene que defenderse contra la alianza de los reyes, sino tam-

bien fundar la unidad de la patria, la de la república. Sin union no hay vida; dividirse es morir.»

Lo que acababa de decir Jacobo Merey, respondia de tal modo al pensamiento general, que ruidosos aplausos le interrumpieron.

«Francia ha sufrido largo tiempo con estas divisiones bajo la llamada unidad real, por creer en la unidad de una monarquía; por esto ha votado la abolicion de la dignidad real, la fundacion de la república y la muerte del tirano.

»Francia no puede tampoco aplicar á su sistema de gobierno ni la union federativa de los Estados-Unidos, ni de la Holanda, ni de la Suiza.

»Tal vez hubiera sido posible estando Francia dividida en provincias, pero es imposible dividida en departamentos.

»Realismo y federalismo son dos palabras sacrílegas; solo puede pronunciarlas un asesino de la humanidad.

»Hay que fijarse en que jamás este problema de unidad se ha propuesto á una gran nacion.

»En 89 no se pensaba en 93, todos respondemos.

»En la Plaza de la Revolucion está el esfinge: adivina ó muere.

»Unidad hemos contestado arrojándole la cabeza de un rey; sin embargo, nada nos guiaba sino el génio de la Francia.

»Rousseau, luz opaca. En su *Cont. ato social* dice: *Unidad para un Estado pequeño*.

»Y en su *Gobierno de la Polonia: Federalismo para uno grande*.

»¿Qué era la antigua Francia? Un reino federativo, y hasta Luis XI no empezó la unidad.

»Si Luis XI hubiera existido en esta época, hubiese sido republicano y miembro de la Convencion.

»¿Quién proclamó primero la union indisoluble de la Francia el 9 de Agosto del 91?

»Nuestro ilustre colega Rabaut de San Etienne; inclinémonos delante del precursor.

»La Gironda, á la que tengo el honor de pertenecer, quiso en 92 abandonar Paris, amenazado por los prusianos (en aquellos días de luto no es de extrañar un momento de desfallecimiento), y habia

conseguido que casi toda la Asamblea participase de su opinion. El arca de la Francia, el foco de sus libertades, iba á buscar refugio en esas hermosas y leales provincias del Centro que sirvieron de abrigo y de asilo á Cárlos VII contra los ingleses.

»Un hombre, uno solo, dijo que no: verdad es que ese hombre es un gigante.

»El nombre de Danton bastó para que Paris se tranquilizara y permaneciera impávido. El cañon de Valmy hizo el resto.

»El cristianismo, á pesar de tener medios tan poderosos para la unidad, no ha llegado á conseguirla.

»Ha hecho un pueblo de reyes, de príncipes, de aristócratas, de ricos, de privilegiados, de sábios, de letrados, de poetas, los personajes de Luis XIV, de Racine, de Boileau, de Corneille, de Moliere, de Voltaire, y como contraste de esa gente que ocupa la primera escala social, ha formado un pueblo de esclavos, de siervos, de desgraciados; el pueblo pobre abandonado, sin instruccion, que no sabe ni leer ni escribir, que no conoce bien ni su propio idioma, y que no comprende la lengua que debe hablar para pedir á Dios su pan cotidiano.

»Sé que todavía cubre un velo esta gran cuestion de la unidad; caminamos hácia el ideal, pero antes de llegar tenemos que atravesar una tenebrosa selva, defendida por los mónstruos de la ignorancia, region desconocida, que solo la educacion esparcida por todas las clases puede iluminar.

»Hemos levantado una punta del velo, y vemos la civilizacion flotando en la superficie y una luz que no penetra hasta las esferas subalternas de la sociedad.

»Hemos inventado el teatro popular, hemos decretado las fiestas nacionales; pero el que ha muerto cobardemente asesinado pensaba darnos la enseñanza pública, la educacion primaria para la vida comun del pueblo.

¿Era su talento, era su corazon quien le habia revelado el sublime secreto del porvenir?

»No vacilo en afirmar que era el corazon quien le elevaba, basado en su bondadosa naturaleza: el asesino realista adivinó que ese

corazon encerraba los más generosos sentimientos y el pensamiento más fecundo para el porvenir, y le hirió en el corazon.

»Pero era tarde: el proyecto de Le Pelletier no muere con él; nos le ha legado. Responderemos á la confianza que depositó en nosotros.

»Ciudadanos, notad que el proyecto de Pelletier no es una teoría; es un método positivo y que puede aplicarse mañana, hoy, ahora mismo.

No existirá verdadera igualdad y fraternidad mientras la sociedad no tenga una educacion nacional y general. El Estado debe hacer dar esta educacion por cada Ayuntamiento; de ese modo los padres vigilarán y no perderán á su hijo de vista.

»El que está tendido delante de nosotros y nos escucha, si algo sobrevive en él, habia visto el triste espectáculo del niño pobre, tiritando, hambriento, al que le estaba vedada la entrada de la escuela y que se veia privado del alimento intelectual porque no tenia con qué pagar el pan para sustentarse.

—»Más que todos necesitas instruccion, gritaba la tiranía, puesto que eres más pobre que todos: pides educacion para hacerte hombre honrado y útil ciudadano; toma un puñal y hazte bandido.

»No: si el niño es pobre, será alimentado, vestido, instruido en la escuela pública: sabemos que en la tierra la miseria es la herencia del hombre, que le perseguirá, le alcanzará, pero cuando tenga fuerza para luchar. La miseria ensañándose contra la infancia es una impiedad.

»El hombre tiene que expiar sus faltas; para él, pues, la desgracia; pero se debe, por su inocencia, preservar de la desventura á un niño.

Los griegos tenian dos palabras para expresar la misma idea: patria para los hombres, *mat ia* para los niños; es decir, madre.

»La educacion se llamaba en la Edad media *castigo*; para nosotros se llamará *maternidad*.

»Bendigamos al hombre bueno y honrado que ha hecho descender la revolucion hasta las manos de los niños, que les hace mamar la justicia con la leche, que les asegura no tendrán al separarse del

seno materno ni hambre ni sed, y que al alejarlos de la madre de la naturaleza les da dos madres adoptivas: la patria y la Providencia.»

El discurso de Jacobo Merey, humanitario y tan poco de acuerdo con los que en aquella época se pronunciaban, produjo gran efecto.

Danton le abrazó, Vergniaud le estrechó la mano, Robespierre le sonrió.

El cortejo fúnebre, que se extendía desde un extremo á otro de la calle de San Honorato, causaba un luto general.

Efectivamente, todos aquellos cuya vista profundizaba en el porvenir, sabían que aquella union cuyo elogio habia hecho Jacobo Merey no era más que momentánea.

Vergniaud habia dicho: *La revolucion es como Saturno, que devorará á sus hijos.*

Y todos, los primeros los girondinos, esperaban que la revolucion los devoraria, y tenían el presentimiento de su muerte.

Aquel duelo, aquellos funerales eran los suyos, era el luto por ellos; ¿pero seria fecunda la tierra que regasen con su sangre?

Nada de extraño tenia se preguntasen esto con inquietud, puesto que hoy, setenta y cinco años despues que esa sangre fué deramada, nos hacemos, con desesperacion, esa misma pregunta.

Le Pelletier gozaba de los honores del Panteon.

En las gradas, el hermano de Pelletier pronunció para eterna despedida esta palabra: ¡Adios!

Y sobre el cuerpo del mártir, sobre la herida abierta aun, sobre el arma que le habia herido, hicieron montañeses y girondinos la promesa de aumentar su ódio, y en nombre de la unidad de la patria se juraron union y fraternidad.

XXIV.

La traicion.

Pasó un mes, durante el cual lealmente fueron sostenidas las promesas hechas sobre el cadáver de Le Pelletier San-Fargeau. La Gironda tenia todavía mayoría moral. A pesar de que Robespierre gozase ya de la influencia revolucionaria, Danton y sus franciscanos tenían la mayoría numérica, ya se inclinaban á la derecha, ya á la Montaña.

Pero en medio de aquella aparente calma se veia brillar de repente el relámpago, ó se escuchaba el estallido del trueno; no caía el rayo, pero se adivinaba que estaba suspendido sobre Francia.

Cinco ó seis dias despues de la ejecucion del rey se supo que Basville, embajador francés en Roma, habia sido asesinado en un motin que el Papa no trató de evitar.

Un barbero le habia herido con una navaja de afeitar.

La noticia coincidió con la llegada á Roma de las princesas Victoria y Adelaida, hijas de Luis XV y tias de Luis XVI.

El Papa Pio VI se lavó las manos como Pilatos, pero no se castigó la muerte.

Largo tiempo hacia que Francia tenia motivos de queja de aquel hermoso Pontífice, que se pintaba como los cortesanos, que llevaba el cabello rizado como los niños, á pesar de que el rubio se habia vuelto ya blanco y que adorador de su propia belleza, la cual le favoreció para adelantar en su escandalosa juventud, quiso al subir al trono pontificio tomar el nombre de Formoso, desistiendo de este propósito por la cruel reputacion que gozó el primero de aquel nombre, que fué desenterrado por Estéban VI para formarle causa.